

«El puente imposible»: el lugar de Sender en la polémica sobre el exilio español de 1939

Manuel Aznar Soler
Universitat Autònoma de Barcelona

El hispanista norteamericano Robert G. Mead, Jr., profesor de la Universidad de Connecticut, publicó en la revista *Books Abroad*, editada por la Universidad de Oklahoma, un artículo titulado «Dictatorship and Literature in the Spanish World»¹ que, a partir de 1951, iba a desencadenar una larga e interesante polémica sobre las relaciones entre literatura, historia y política, es decir, sobre la situación intelectual de España bajo la dictadura franquista y sobre el lugar del exilio español de 1939 en nuestra cultura. En esta polémica intervinieron tanto intelectuales españoles que vivían en la España franquista (Julián Marías, José Luis L. Aranguren) como algunos hispanistas norteamericanos (Dwight L. Bollinger, Elías L. Rivers) y diversos intelectuales exiliados, entre los cuales destaquemos a Arturo Barea, Guillermo de Torre, un grupo de escritores españoles exiliados en Argentina, Jerónimo Mallo o Ramón J. Sender, cuyo artículo titulado «El puente imposible» constituye el objeto fundamental de nuestro análisis.

¹ Robert G. MEAD, Jr., «Dictatorship and Literature in the Spanish World», *Books Abroad* —«An International Literary Quaterly»—, 25/3 (verano de 1951), pp. 223-226.

EL LUGAR DE SENDER

BREVE HISTORIA DE UNA LARGA POLÉMICA

El propio Mead, que volverá a intervenir en esta polémica al menos dos veces más, resumirá en 1954 el sentido de su primer artículo en estos términos:

Al redactar mi «Dictatorship and Literature in the Spanish World» mi propósito fue bien sencillo: resumir lo que me parecía la verdad acerca del actual mundo intelectual español. Lejos estaba de la intención de provocar polémicas ni mucho menos de ganarme la reputación de hispanófobo.² Me dirigía principalmente a los lectores de *Books Abroad*, personas, lamentable es registrarlo, que en su mayoría ignoran mucho de lo que pasa en España e Hispanoamérica. Mis alegatos capitales, y me limito aquí a bosquejarlos, eran que el régimen de Franco, mediante la censura y otros recursos represivos, había deformado el normal desenvolvimiento intelectual del país, dejándolo trunco o poco desarrollado en varios sentidos. Señalé la magna pérdida en todos los ramos del arte y del pensamiento que había sufrido España como resultado de la emigración forzada o voluntaria de tantos de sus hijos. (Y no olvidemos que, junto con estos intelectuales y artistas, se expatrió una multitud de personas más humildes, obreros y labradores, que también representan una merma sensible para la nación). Recordé la complicidad de muchas casas editoras en la campaña oficial de eliminar de los libros los nombres de aquellos escritores y críticos que fueron republicanos. Apunté el hecho de que una gran parte de la producción de los historiadores, ensayistas y eruditos peninsulares después de la Revolución se canalizara en el desarrollo de temas patrióticos o religiosos, con su énfasis reiterado y frecuentemente hueco sobre la *hispanidad*, o en trabajos de filología o lingüística, etc. Noté que no eran numerosas las referencias que se hacían a figuras o sucesos contemporáneos, y que las pocas referencias de esta índole que sí se hacían tendían a ser denigrantes, ambiguas o inocuas. Me creía autorizado a colegir que, bajo estas circunstancias, el florecimiento intelectual de España (y conste que nunca negué que existiera tal florecimiento) no presentaba un aspecto robusto y variado. En cambio, me parecía que la constelación de los españoles peregrinos, dispersos en varios países de América pero principalmente en México, la Argentina y Estados Unidos, ofrecía un aspecto bien distinto. Éstos, a pesar del trauma que sufrieron al dejar patria y hogar, pronto reaccionaron en la mayoría de los casos y, trabajando en una libertad de pensamiento y expresión inusitada, con el transcurso de los años lograron producir una obra intelectual y artística de tal variedad y mérito que a la vez honra a España y representa una valiosísima aportación a la cultura de las naciones donde residen. De todo esto no pude menos que deducir que la emigración representaba una pérdida inestimable para España y un beneficio de semejante magnitud para los países hispanoamericanos. Continuando la misma cavilación, llegué a la conclusión de que mientras continuasen imperando las varias limitaciones a la libertad de expresión que ha impuesto el actual régimen, negras en verdad eran las perspectivas para el futuro desarrollo intelectual de España. Me parecía, dadas las circunstancias, que una prolongación indefinida del régimen significaría la pérdida

² Elías L. RIVERS había calificado el primer artículo de Mead, a mi modo de ver injustamente, como ejemplo del «ataque tendencioso de una tradicional hispanofobia yanqui» en su «Carta de Norteamérica. Temas hispánicos a través de las revistas», *Ínsula*, 94 (15 de octubre de 1953), p. 8.

MANUEL AZNAR SOLER

para siempre por parte de España de cualquier preeminencia que ella hubiera tenido en la orientación intelectual del mundo de habla española.³

Julián Marías replicó al primer artículo de Mead con otro titulado «Spain is in Europe», que publicó la propia *Books Abroad*⁴ y que, en una versión ampliada, apareció también ese mismo año de 1952 en la revista peruana *Mar del Sur*. No nos interesa ahora analizar todos los elementos de esta polémica sino, ante todo, los que tengan una relación directa con «El puente imposible» de Sender. Por tanto, de la réplica de Marías sobre un tema que él mismo califica como «interesante y peliagudo»,⁵ destaquemos cuatro aspectos: en primer lugar, «que la emigración intelectual española es de un volumen, un valor y una importancia histórica superiores a lo que el Sr. Mead haría pensar. Y, ni que decir tiene, representa un problema intelectual, político, moral e histórico —no se salte el lector ningún adjetivo— de primera magnitud y que merece atención grave y suficiente; y, cuando ésta no sea posible, respetuoso silencio».⁶ Pero si Marías nos ha proporcionado una de cal, ahora viene en segundo lugar la de arena cuando, contra Mead, agrega sorprendentemente —confundiendo acaso su deseo con la realidad— que «lo que no se puede decir, en cambio, es que estos intelectuales estén totalmente perdidos para España; su relación con ella es considerable; leen a los escritores que viven en España, son leídos por ellos y por los españoles que no escriben; la gran mayoría de los libros españoles valiosos publicados en América se encuentran en las bibliotecas y librerías españolas», y añade además para mayor perplejidad que «en las historias de la literatura española no se olvida a los escritores emigrados. Y en las revistas se habla con toda frecuencia de ellos».⁷ Consecuente con esa tan idílica como, a mi modo de ver, irreal situación de libertad de la cultura española bajo la dictadura franquista, Marías afirma por tanto, en tercer lugar, «que en España existen grupos considerables que cultivan

³ Robert G. MEAD, Jr., «Meditación sobre la libertad intelectual en el mundo hispánico», *Cuadernos Americanos*, 2 (marzo-abril de 1954), pp. 48-49. El propio autor reproduce este artículo en las páginas iniciales de su libro *Temas hispanoamericanos*, México, Ediciones de Andrea («Colección Studium»), 1959, pp. 5-12.

⁴ Julián MARÍAS, «Spain is in Europe», *Books Abroad*, 26/3 (verano de 1952), pp. 233-236.

⁵ Julián MARÍAS, «España está en Europa», *Mar del Sur. Revista peruana de cultura*, año IV, 23 (septiembre-octubre de 1952), p. 65. De una manera muy simplificadora, soberbia y despectiva se refiere el propio Marías a este artículo de Mead en otro posterior suyo, donde escribe que «tampoco un profesor americano ha sentido escrúpulo en afirmar que en España no hay más intelectuales que media docena de ancianos; aunque en este caso hay que advertir que la revista en que tal afirmación fue publicada se apresuró a imprimir un artículo mío en que se mostraba la grotesca falsedad de aquella tesis». Este nuevo artículo de Marías se titula «El problema de la libertad intelectual» y fue reproducido por el *Suplemento de Ínsula*, 86 (15 de febrero de 1953), p. 2.

⁶ *Ibid.*, p. 67.

⁷ *Ibid.*, p. 67.

EL LUGAR DE SENDER

intensamente todas las disciplinas intelectuales» y «que su número —como podía anticiparse *a priori*— es enormemente mayor que el de los radicados en el extranjero». ⁸ La fundación en 1948 por parte de Ortega y Gasset del Instituto de Humanidades viene a probar, a su juicio, la calidad intelectual de esos «grupos» sin advertir que, en todo caso, ese Instituto sería la excepción que vendría a confirmar la regla. Pero vayamos al cuarto y último aspecto, sin duda el más interesante. Porque Marías, contra la «progresiva implantación de la mediocridad en todas las esferas del pensamiento» defendida por Mead, acierta a poner el dedo en la llaga cuando plantea «el impacto producido por la guerra civil y sus consecuencias, enorme traumatismo histórico del que España no está todavía curada, y ése es precisamente el problema», ⁹ un problema que, sin embargo, soluciona en estos términos:

El supuesto básico del Sr. Mead, el que vicia e inutiliza su artículo entero, es lo que podríamos llamar su *politicismo*. Quiero decir su creencia de que lo primero, decisivo y más importante, es la política. [...] Como si no fuese la política un fenómeno relativamente superficial y epidérmico, cuya acción, por perturbadora que sea, es transitoria y deja además intactos los estratos más profundos de una sociedad. [...] Con pretexto del régimen español, se trata de la eliminación, y para siempre, de España. Lo cual, de ser cierto, implicaría una sobreestimación del régimen político, el cual habría sido capaz, en doce años, de esterilizar un país entero para todo el resto de la historia. [...] Todo lo cual muestra que era acertado el diagnóstico de Ortega cuando hablaba hace poco de la «sorprendente, casi indecente salud» de España. Su vitalidad histórica es tal, que puede permitirse hasta el error. No hay duda de que la emigración representa una tremenda mutilación de la vida intelectual española —aunque no se puede predecir si será negativo el balance que pueda hacerse de ella y de sus consecuencias dentro de un par de siglos—. Pero lo asombroso es que, a pesar de tanta pérdida o casi pérdida —ya hemos visto que no es tan total como se dice—, todavía queda vida intelectual en España, en un volumen, como es lógico, aún mucho mayor. Ha habido una dolorosa, penosa, perturbadora escisión, que plantea un problema siempre vivo, cada vez más agudo; existe una floreciente y fecunda España extra muros. (Extra muros, sí; pero no exageremos, porque ¿quién pone puertas al campo?) Y a pesar de ello, como podía preverse, España está en Europa. ¹⁰

Mucha mayor repercusión tuvo un artículo de José Luis L. Aranguren sobre «La evolución espiritual de los intelectuales españoles en la emigra-

⁸ *Ibid.*, p. 69.

⁹ *Ibid.*, p. 71.

¹⁰ *Ibid.*, pp. 71-73. Mead replicó a estas afirmaciones de Marías en una carta abierta —publicada también por *Books Abroad*, 27/1 (invierno de 1953), p. 97—, donde señalaba que la diferencia crucial entre ambos se refería precisamente a la relación entre política y vida intelectual. En el n° 2 de la propia revista *Books Abroad*, correspondiente a la primavera de 1953, aparecieron dos artículos que significaban nuevas intervenciones en esta polémica: «A Quarter Century of Spanish Writing», de Arturo BAREA, y «... And Should Thereby Be Judged», de Dwight L. BOLINGER, pp. 117-128 y 129-132, respectivamente.

ción», que quería ser «comienzo de diálogo»,¹¹ voluntad de diálogo que se precisaba con estas palabras: «queremos hablar *con* nuestros compatriotas los intelectuales emigrados; pero queremos, al par, hablar precisamente *de* los emigrados». ¹² El artículo de Aranguren, de un tono mesurado y reflexivo que quería evitar cualquier atisbo de polémica,¹³ pretendía constituir una invitación sincera a un diálogo intelectual más amplio y ponderado sobre el tema, tanto entre los intelectuales españoles exiliados como entre los que vivían bajo la dictadura. Resulta curioso y significativo que Aranguren no quiera hablar de política y que, sin embargo, se apresure a precisar que «si en algún punto nos vemos forzados a hacerlo, lo haremos desde un punto de vista descriptivo, no polémico». ¹⁴ Desde el inicio Aranguren nos confiesa que «todo el presente artículo tiende a mostrar cómo el sentido de la evolución de los intelectuales emigrados ha consistido en un entrañamiento, cada vez más profundo, en su constitutivo ser hispánico»¹⁵ y para ello analiza el exilio como una «situación» y un «talante»: por una parte, «la situación de desterrado imprimiendo carácter a la obra intelectual»;¹⁶ por otra, si «a la situación de desterrado corresponde normalmente un “talante” determinado que se halla en función de aquélla»,¹⁷ Aranguren afirma que, con excepciones como la de Cernuda, entre los intelectuales españoles exiliados predomina un talante de nostalgia y, sobre todo, de melancolía.¹⁸ El propio Aranguren venía a resumir el sentido de su trabajo con estas palabras:

Hemos perseguido la evolución espiritual de los intelectuales emigrados en el tránsito desde su posición anterior, más bien europeizante, a la apasionada nostalgia de la patria y, de la mano de Unamuno, a su entrañamiento en su ser de españoles; y consiguientemente, en el esfuerzo por levantarse

¹¹ José Luis L. ARANGUREN, «La evolución espiritual de los intelectuales españoles en la emigración», *Cuadernos Hispanoamericanos*, 38 (febrero de 1953), p. 125. El propio Aranguren aludía a la necesidad política del régimen franquista de contrarrestar la influencia de los exiliados españoles en América latina con un ejemplo contundente que afecta a la propia revista: «¿No está pregonando su título que fue proyectada y fundada como réplica a los *Cuadernos Americanos* de Méjico, a los que tan vinculados estaban y están los emigrados?» (art. cit., p. 126).

¹² J. L. L. ARANGUREN, *ibid.*, p. 128.

¹³ «Como este estudio quiere ser cualquier cosa menos polémico», afirma ARANGUREN en *ibid.*, p. 137.

¹⁴ *Ibid.*, p. 126.

¹⁵ *Ibid.*, p. 127.

¹⁶ *Ibid.*, p. 129.

¹⁷ *Ibid.*, p. 132. Sobre los conceptos de «situación» y «talante» afirma el autor «que en realidad no son sino las dos caras —histórico-social y anímica o, dicho con más rigor, antropológica— de una misma realidad» (*ibid.*, p. 132, n. 18).

¹⁸ «Este talante, superadas por el tiempo y la nobleza de alma las reacciones casi instintivas de carácter negativo —odio, resentimiento, etc.—, suele estar tejido, en su forma más apacible, de melancolía» (*ibid.*, pp. 132-133).

EL LUGAR DE SENDER

desde una concepción partidista a una comprensión total, si bien partida y por ende trágica, de España y de su historia.¹⁹

Y si para los republicanos españoles la «situación» de destierro fue determinada por su derrota en la guerra civil, Aranguren analiza, justo antes de concluir su trabajo, la actitud que en 1953 mantienen los intelectuales exiliados respecto a la misma para acabar defendiendo abiertamente en su «Final» la necesidad de construir un puente de diálogo con la España peregrina:

Es hora ya de terminar. Al principio de este estudio nos trazamos dos objetivos: hablar *de* los intelectuales emigrados y hablar *con* ellos. De ellos hemos hablado haciendo ver cuán decisivamente ha pesado en su vida espiritual, y en qué sentido, la amarga experiencia del destierro. ¿Hemos hablado también *con* ellos? Yo diría que apenas hemos hecho sino empezar a hablar. Hemos transmitido, espero que con fidelidad y un cierto orden, lo que de ellos hemos escuchado. Creo que toca ahora a otros compatriotas, aquí o allá, proseguir el diálogo.²⁰

En 1969 —el año en que Max Aub regresaba a España sin vuelta posible para ir anotando sus impresiones de viaje en ese «diario español» que acabó por llamarse *La gallina ciega*²¹ y el mismo año en que Sender ganaba el premio Planeta con su novela *En la vida de Ignacio Morel*—, Aranguren publicó sus *Memorias y esperanzas españolas*, donde afirma con indisimulada complacencia la recepción positiva que su artículo de 1953 había tenido entre los intelectuales españoles exiliados:

Mi viaje —imaginario entonces— por América tenía la intención, muy diferente, de visitar a los intelectuales españoles exiliados y oírles expresar su nostalgia de España; la de, como dije al final del artículo, «hablar con ellos». Lo conseguí, cosa no frecuente aún en aquella época, pese a que el artículo contenía reservas impuestas por la situación del momento. Conservo cartas muy hermosas de Juan Ramón Jiménez, del doctor Pittaluga, de Montesinos, de otros también, aparte respuesta colectiva publicada en *Cuadernos Americanos* de Méjico. Don Américo Castro, don Claudio Sánchez-Albornoz, mi anti-

¹⁹ *Ibid.*, p. 149.

²⁰ *Ibid.*, p. 157. Una prueba de la repercusión de este artículo entre los intelectuales españoles exiliados nos la proporciona Jerónimo MALLO, quien afirma que «esta cordial invitación a los exilados para que reanuden las relaciones con los escritores que residen en España [...] no sólo refleja el modo de pensar de su autor, José Luis L. Aranguren, sino los deseos de muchos intelectuales, que consideran necesario para el bien de la cultura hispánica establecer una intercomunicación a manera de puente por encima del Atlántico y de las discrepancias políticas. Es posible que este artículo tenga, no tardando, importantes consecuencias» («Sobre la "libertad intelectual" en la España de hoy», *Cuadernos del Congreso por la Libertad de la Cultura*, 13 [julio-agosto de 1955], p. 88). Una «consecuencia» más de este artículo se constata en la n. 22.

²¹ Max AUB, *La gallina ciega*, México, Joaquín Mortiz, 1971 (reedición española: Barcelona, Alba Editorial, 1995, edición, estudio introductorio y notas de M. AZNAR SOLER).

MANUEL AZNAR SOLER

guo maestro José Gaos, García Bacca, Serrano Poncela, me dieron asimismo muestras de cordial atención. Y, a partir de aquel artículo, anudé o estreché una relación de muy afectuosa amistad con José Ferrater Mora, Juan Mari-chal, Antonio Sánchez Barbudo, Francisco Ayala, Max Aub, María Zambra-no, Guillermo de Torre, Claudio Guillén. Creo, en fin, que en otro plano mucho más profundo y verdadero que el de la oficializada «Cultura Hispá-nica», contribuí a reconstruir «el puente» entre España e Hispanoamérica, precisamente, como tenía que ser, por la mediación de nuestros compatriotas exiliados.²²

Doble puente, por tanto, el señalado por Aranguren: el puente entre los intelectuales españoles —entre los antifranquistas de España y los exi-liados— y el puente entre España e Hispanoamérica.

Guillermo de Torre fue cronológicamente el primero en contestar des-de Buenos Aires a esa invitación de Aranguren a construir un puente de diálogo con un artículo, titulado «Hacia una reconquista de la libertad intelectual», que empezaba por elogiar el talante de los textos de Marías y Aranguren, pues «por vez primera —desde España y con maneras antes desacostumbradas, con altura de tono y limpieza de intenciones— se tien-de a esclarecer una cuestión que era usual soslayar o confundir: la cues-tión de la emigración intelectual española».²³ Por la índole intelectual y moral de esas voces valía la pena, a juicio de De Torre, aceptar el diálogo desde la España peregrina e intentar superar por ambos bandos lo que él denomina «anacronismos»,²⁴ unos anacronismos producidos por el cisma de la guerra civil que acaso en 1953 pueden superarse desde la convicción de que es conveniente y necesaria para todos la construcción de un puen-te de diálogo hacia la mutua comprensión:

Son muchos (somos más de los que se cree —estoy seguro—) en cual-quier sector, quienes, una vez pasado el turbión de la guerra, recobraron la serenidad y volvieron a tender mentalmente puentes de acceso hacia la com-

²² José Luis L. ARANGUREN, *Memorias y esperanzas españolas*, Madrid, Taurus Ediciones, 1969, pp. 69-70. Aranguren alude a la «Respuesta de intelectuales españoles en la emigración a José Luis L. Aranguren», *Cuadernos Americanos*, 4 (julio-agosto de 1954), pp. 79-85, que firman Cle-mente Cimorra, Alejandro Casona, Eduardo Zamacois, Claudio Sánchez Albornoz, Francis-co Vera, Valentín de Pedro, Gumersindo Sánchez Guisande, José Rovira Armengol, Gori Muñoz, Gerardo Ribas, Eduardo Blanco Amor y Juan Cuatrecasas, todos ellos residentes por entonces en Argentina. He reproducido este documento en mi libro *Materiales para una histo-ria del exilio literario español de 1939: textos, manifiestos, polémicas y documentos*, Sant Cugat del Vallès, Cop d'Idees - Grupo de Estudios del Exilio Literario (GEXEL), en prensa.

²³ Guillermo DE TORRE, «Hacia una reconquista de la libertad intelectual», *La Torre*, 3 (julio-septiembre de 1953), pp. 107-108. El autor cree que esta nueva actitud «implica un cambio de óptica, inaugura el camino de una inteligencia, cuya primera estación se llama concordia y cuya última meta es libertad» (*ibid.*, p. 109).

²⁴ «Anacronismo —no hay por qué ocultarlo— se llama la figura en que suelen incurrir cier-tos desterrados intelectuales, imaginándose que en España todo está igual que cuando la dejaron, que son todavía válidos los gestos, los reactivos emocionales que llevaban al pasar la frontera» (*ibid.*, p. 110).

EL LUGAR DE SENDER

prensión y la convivencia, con desinterés y altura de miras, con angustia y emoción a la par: con esperanza.²⁵

De Torre, por tanto, resalta el valor del artículo de Marías, «de intención tan clara y recta, de tono tan noble y generoso»,²⁶ pero no deja de poner los puntos correspondientes sobre determinadas íes cuando, para empezar, afirma:

La verdadera clave del *hecho* diferencial entre una y otra porción de la intelectualidad española, entre la literatura de dentro y fuera de España, no es una cuestión de cantidad o calidad: es una cuestión de libertad.²⁷

Por ello denuncia que la censura impuesta por la dictadura militar, aunque no haya logrado hacer desaparecer la vida intelectual en España como afirmaba Mead, sí ha conseguido, contra la opinión de Marías, su aislamiento. Porque esa censura —y no olvidemos que no sólo política sino, debido al nacional-catolicismo del régimen y al monopolio consiguiente de la educación por parte de la Iglesia católica, también moral— es la raíz de la autocensura dominante entre los intelectuales que viven en España, pero también de «la desconfianza automática que todas las publicaciones sometidas a ella suscitan irremisiblemente fuera de España, y no sólo en los medios intelectuales, sino en todos, aun en los más burgueses, diríamos».²⁸ Para De Torre «el mal de la censura no es cuestión de grados, sino de principio»²⁹ por lo que, a su juicio, tiene razón Mead cuando afirma «una declinación de la influencia cultural de España»³⁰ y carece de ella Marías cuando escribe, por ejemplo, que «la gran mayoría de los libros españoles valiosos publicados en América se encuentran en las librerías y bibliotecas españolas», palabras que «sólo un olvido momentáneo de esta triste realidad» ha podido dictar.³¹ Y nos acercamos ya a la relación entre literatura, historia y política, un tema candente que Guillermo de Torre, contra Marías, acierta a precisar en términos tan exactos como rotundos:

Abomino quizá en mayor grado que Julián Marías de lo político y del politicismo. Pero no puedo coincidir con él en creer que el artículo de Mead,

²⁵ *Ibid.*

²⁶ *Ibid.*

²⁷ *Ibid.*, p. 112.

²⁸ *Ibid.*, p. 115.

²⁹ *Ibid.*, p. 116.

³⁰ *Ibid.*, p. 115. Para el autor, tanto Mead («España ha perdido para siempre cualquier preeminencia que haya tenido alguna vez en esta esfera») como Marías («Con pretexto del régimen español, se trata de la eliminación, y para siempre, de España») se han excedido al realizar, respectivamente, afirmaciones categóricas y «deducciones veloces» (*ibid.*, pp. 120-121).

³¹ *Ibid.*, p. 116. De Torre transcribe una frase escuchada por él en un café madrileño: «Sí; aquí no nos privamos de nada. También vivimos detrás de un telón de acero. Mejor dicho, el nuestro es un telón de a cero cincuenta...» (*ibid.*, p. 122).

MANUEL AZNAR SOLER

y cuantos se han escrito en estos años sobre el mismo tema, estén dictados sustancialmente por el politicismo, sino por sus consecuencias en lo cultural —cosa muy distinta.

Para Julián Marías lo político tiene muy poca importancia. Sustancialmente estoy de acuerdo con él en que «lo primero, decisivo y más importante» no es la política y quisiera que nada viniera a contradecirnos. Pero, ¿acaso no sucede —contra nuestra voluntad— que mi vida, tanto como la vida de Julián Marías y la de muchos otros que aplicaron sus potencias fundamentales a cosas muy distintas de la política, han sido, desde hace más de tres lustros, influidas, deformadas, zarandeadas por esa nefanda política, por la extensión insoslayable de sus efectos? [...] Lo político, en sus dimensiones corrientes, en sus proyecciones normales, suele y puede dejar «intactos los estratos más profundos de una sociedad»; pero, ¿cómo juzgar así la influencia de lo político cuando pretende volver del revés un país, aislarlo del resto del mundo, cuando intenta partirlo en dos trozos y hacer que una de sus mitades prevalezca violentamente sobre la otra mitad, en vez de buscar una conciliación armoniosa y equilibrada entre ambas? ¿Podrá en este caso sostenerse que lo político es superficial y epidérmico? No; sino un fenómeno muy profundo y trastornador, de gravísimas consecuencias.³²

De Torre recuerda a Marías que la vida intelectual en Europa, a diferencia de la de España bajo la dictadura, goza de libertad y le critica que en su trabajo de *Ínsula* sobre «El problema de la libertad intelectual» dicho problema sea «examinado aisladamente, sin relacionar la libertad intelectual con otra que es previa e imprescindible: la libertad política general».³³ Y si Marías defiende que España está en Europa, De Torre, pese a que el reciente ingreso de España en la UNESCO deba implicar «un compromiso de reintegración europea»,³⁴ manifiesta que la realidad actual es muy otra, pues «¡el tiempo presente suscita tantos desmentidos!».³⁵ Y, sin embargo, a pesar de «la precaria libertad intelectual» en la España franquista, lo estimulante y alentador para Guillermo de Torre es que voces como las de Aranguren o Marías inviten a construir un puente de diálogo entre los intelectuales al que el propio autor se suma al final de su trabajo:

Más evidente que la «evolución» del sentimiento de lo español advertida por José Luis L. Aranguren en la obra de los escritores españoles desterrados [...] nos parece la «evolución» de los allí residentes en su manera de considerar la obra de los colegas extrafronterizos, en su óptica para encarar la reconquista de la libertad intelectual. Y buena muestra de ello es el propio ensayo de Aranguren, tan abierto y mesurado, delatando una curiosidad comprensiva, un afán de inteligencia con los distantes, en suma, un noble afán de diálogo al que seguramente sus afines, los «no energúmenos», habrán de corresponder.

³² *Ibid.*, pp. 117-118.

³³ *Ibid.*, p. 118.

³⁴ *Ibid.*, p. 125.

³⁵ *Ibid.*, p. 123.

EL LUGAR DE SENDER

[...] Durante muchos, demasiados años, sólo se han escuchado en este vital dramático pleito, voces sectarias. Hora es ya de que acallando ecos partidistas, resonancias agrias, se oigan voces limpias, criterios independientes.³⁶

En la misma revista portorriqueña *La Torre* correspondió a Aranguren el turno en esta construcción de un puente de diálogo entre «los intelectuales españoles de dentro y fuera de España —que nos necesitamos mutuamente—».³⁷ A partir de su convicción metafísica y «teológica» —fundada sobre la de Francisco Ayala en *La cabeza del cordero*— de que la guerra civil fue «un acontecimiento ineluctable»,³⁸ Aranguren, en su réplica a De Torre, hace alarde de su catolicismo, crítico con el régimen dictatorial pero compatible o, cuanto menos, comprensivo con algunas de sus manifestaciones. Véase, por ejemplo, este párrafo moralista sobre la censura:

Guillermo de Torre deja de lado, discretamente, la censura «estrictamente política». Personalmente mantendría también, sin dudarlo un momento, la censura para las publicaciones que insultasen nuestras creencias y para las publicaciones simplemente pornográficas, pero es claro que ni unas ni otras tienen nada que ver con la libertad intelectual. Ésta, en mi opinión no debería ser coartada. No soy político y por consiguiente no me incumbe decidir si la supresión debiera hacerse de golpe o bien gradual, pero decididamente.³⁹

Aranguren, como Marías, acepta la realidad de la censura y, por idealismo ingenuo, por posibilismo pragmático o por espíritu de inercia acomodaticia con el régimen, desvincula también libertad política y libertad intelectual, como si ésta fuese posible sin aquélla. Aranguren trata de minimizar y desdramatizar la existencia de la censura —«creo que la existencia o la inexistencia de la libertad no puede pender de la supresión o el mantenimiento de la censura»—⁴⁰ para defender que «la libertad es la inacabada tarea de cada día. Y tiene poco que ver con la Censura, porque consiste en una *actitud ética*».⁴¹ En rigor, al igual que hacía Marías con los cursos de filosofía de Ortega en el madrileño Insti-

³⁶ *Ibid.*, pp. 125-126.

³⁷ José Luis L. ARANGUREN, «La condición de la vida intelectual en la España de hoy», *La Torre*, 4 (octubre-diciembre de 1953), p. 84.

³⁸ *Ibid.*, p. 85. Y poco después agrega: «Al comenzar el verano de 1936 la guerra se presentaba en el horizonte bajo la forma, como diría Ferrater Mora, de un fenómeno “geológico”, que sería totalmente vano pretender detener; era el efecto físico y tremendamente sangriento determinado unívocamente por los errores de todos» (*ibid.*, p. 85).

³⁹ *Ibid.*, p. 91.

⁴⁰ *Ibid.*, p. 93.

⁴¹ *Ibid.*

tuto de Humanidades, Aranguren magnifica la transcendencia de los cursos de filosofía de Xavier Zubiri y la significación de «algunos prometedores intentos de renovación católica»,⁴² aun cuando precisa con exactitud «un par de reservas» respecto a revistas católicas republicanas como *Cruz y Raya*, dirigida por Bergamín: «A mi entender, su desvinculación del catolicismo real —bueno o malo— de los españoles, fue un error. Hay que partir siempre de la realidad, aun cuando sea para transformarla. Y, en segundo lugar, no es posible vivir católicamente de espaldas a la Jerarquía eclesiástica. Con la Iglesia hay que estar siempre, aun cuando a veces no nos comprenda».⁴³ Iglesia o Estado, las limitaciones en 1953 del pensamiento de Aranguren, como las del de Marías, son tan obvias como reveladoras y su posibilismo iba a resultar discutible y hasta cierto punto irritante para muchos intelectuales exiliados, por ejemplo Sender.

«EL PUENTE IMPOSIBLE» DE SENDER

Sender interviene en esta polémica con un artículo tan interesante como rotundo que tituló «El puente imposible» y que se publicó en *Cuadernos del Congreso por la Libertad de la Cultura*, una revista editada en París que, en el contexto de la «guerra fría», estaba financiada por la CIA al servicio de la propaganda anticomunista y en defensa de una libertad de la cultura a la medida de sus intereses políticos democratistas. Sender, residente por entonces en Estados Unidos, comienza por considerar la división de los escritores españoles durante la guerra civil en «leales» y «faciosos»:

Los escritores españoles han salido bastante bien de la experiencia del despotismo. No ha habido sorpresas en la conducta de nadie. Tampoco traiciones. Lo que algunos consideran villanía y bellaquería —los casos de Eugenio d'Ors, Baroja, Benavente— no es más que senectud. Y entre estos tres autores Baroja no ha defendido nunca el régimen, que yo sepa. [...] De los otros dos, Benavente es sólo un eco atrasado de Oscar Wilde, a cuya escuela literaria y a cuyo falansterio moral pertenece, con todas las consecuencias. D'Ors, que mostró en los comienzos de su vida de escritor un talento original, es el único de los tres que quema el incienso voluntaria y alegremente a los pies del verdugo. Ni Benavente ni d'Ors bastan, como es natural, para dar a la dictadura fascista una apariencia civilizada. Pero como no tienen otra cosa, los generales los tratan con una bondad paternal.⁴⁴

⁴² *Ibid.*, p. 94.

⁴³ *Ibid.*, p. 95.

⁴⁴ Ramón J. SENDER, «El puente imposible», *Cuadernos del Congreso por la Libertad de la Cultura*, 4 (enero-febrero de 1954), p. 65.

EL LUGAR DE SENDER

Tras elogiar a Valle-Inclán,⁴⁵ resaltar el antifascismo final de Unamuno,⁴⁶ criticar la condición de paniaguado vergonzante de Benavente⁴⁷ y defender a Baroja,⁴⁸ considera los casos de dos intelectuales que han regresado a la España de Franco: Menéndez Pidal y Ortega y Gasset.⁴⁹ Se muestra comprensivo con el regreso de Jarnés, «un espíritu débil»,⁵⁰ y resalta, a la inversa, el exilio voluntario de Antonio Espina.⁵¹ Y es que para Sender el panorama de la literatura española franquista entre 1939 y 1954 «es desolador y ellos mismos lo confiesan *velis nolis*. No hay nadie»,⁵² salvo honrosas excepciones novelísticas como, a su juicio, *Nada*, de Carmen Laforet, o *La familia de Pascual Duarte*, de Cela. Y si «lo que la llamada “cultura” de la nueva era produce en España es moralina y baja retórica», por

⁴⁵ Sender, al elogiar la calidad literaria de los esperpentos, critica la saña con que Pío Baroja se refiere al escritor y resalta la lucidez política de Valle-Inclán al advertir «del peligro que representaba ese tipo vulgar, ambicioso y sin escrúpulos» (*ibid.*, p. 65), en referencia al general Franco. Las relaciones entre Sender y Valle-Inclán merecen un estudio monográfico aún por realizar. No se olvide que Sender es autor de un polémico libro titulado *Valle-Inclán y la dificultad de la tragedia*, Madrid, Gredos («Colección Campo Abierto»), 1965, reproducido en *Examen de ingenios. Los noventayochos. Ensayos críticos*, México, Aguilar, 1971, 2ª ed. corregida y aumentada, pp. 89-207.

⁴⁶ «En cuanto a Unamuno ya sabemos cómo vivió desde el momento de la sublevación. Y cuáles eran sus sentimientos en los días que precedieron a su muerte. [...] A pesar de esas y otras cosas los fascistas se lo quieren hoy asimilar. [...] A Unamuno quieren hacerlo suyo los fascistas porque no lo han leído tampoco o porque habiéndolo leído quizás incurren en lo que Unamuno consideraba el mayor de los crímenes: la resistencia a entender» (*ibid.*, p. 66). Sobre el escritor puede leerse «Unamuno, sombra fingida», un «ensayo crítico» recopilado en *Examen de ingenios. Los noventayochos*, cit., pp. 15-88.

⁴⁷ «Hay escritores que han sido siempre casi fascistas, casi antisemitas, casi republicanos, casi socialistas según el viento que soplaba. Ésos siguen en España comiendo el pan de la vergüenza mientras confían —o “casi” confían— en hallar alguna forma de impunidad en el futuro. Jacinto Benavente es de éstos» (*ibid.*, p. 67).

⁴⁸ A propósito de las *Memorias* de Pío Baroja, escribe Sender: «Por supuesto no habla bien de nadie. Tampoco francamente mal, con la excepción de Valle-Inclán, Unamuno y el pintor Solana. [...] Baroja si no habla bien de sus contemporáneos tampoco elogia a Franco. Algo es algo» (*ibid.*, p. 67). Sobre el escritor puede leerse un «ensayo crítico» titulado «Baroja y las contradicciones latentes», en *Examen de ingenios...*, cit., pp. 209-272.

⁴⁹ «Los dos tienen una formación liberal —¿es que hay otra formación humanística?—» (*ibid.*, p. 67). Sin embargo, respecto a Ortega precisa: «Queda por aclarar si la presencia de un profesor como él en el Madrid de Franco representa una adhesión al régimen» (*ibid.*, p. 67). Y poco después agrega que «Ortega es un emigrado “amateur”, no profesional, un disidente condicionado» (*ibid.*, p. 70).

⁵⁰ «En cuanto a Jarnés —un escritor exiliado que volvió a España— se sentía en Méjico solo, pobre, viejo y enfermo. Cualquiera de esas circunstancias se puede sobrellevar sin las otras, pero todas juntas, añadiendo además el destierro, son demasiadas para un espíritu débil» (*ibid.*, p. 68). Jarnés regresó a Madrid en 1948, un año después de que Juan Gil-Albert hiciera lo propio para instalarse en el «exilio interior» de Valencia.

⁵¹ «Contra el regreso de Jarnés tenemos varios casos de escritores que han logrado evadirse y salir a compartir nuestro exilio, entre ellos el de Antonio Espina» (*ibid.*, p. 68).

⁵² *Ibid.*

contra la superioridad intelectual y literaria de la España exiliada es un hecho incuestionable, ya que, según Sender, «para encontrar hoy un digno descendiente de San Juan de la Cruz hay que buscarlo en los círculos de la emigración liberal, en Jorge Guillén, por ejemplo, o en Juan Ramón Jiménez. La poesía española está fuera de España, también».⁵³ Sender, a propósito de la atención dispensada por la revista *Ínsula* a la literatura exiliada, afronta directamente el tema del «puente» posible para afirmar con rotundidad su inexistencia e imposibilidad:

Un grupo interesante es el que representa la revista *Ínsula*, que suele despreocuparse en lo posible de las motivaciones políticas y ha dedicado un número homenaje a Guillén, otro a Juan Ramón Jiménez y encomiásticos artículos a algunos exiliados como Pedro Salinas, recientemente fallecido. Observando estos hechos y los elogios ocasionales en la radio o en los periódicos a algún escritor de los que estamos en el exilio, no faltan quienes hablan de la existencia práctica de un puente o al menos de una zona indefinida por la que se mantiene alguna forma de contacto. Esa zona existe, pero no como la imaginan algunos. No pocos escritores amordazados, entre los jóvenes, callan y esperan pensando en nosotros. Y coinciden con nosotros en el secreto de su angustia cada vez que recuerdan a los mártires que han caído y a los héroes que caen cada día. Ellos y nosotros nos encontramos en esa devoción por el héroe, mejor que en las estructuras intelectuales y en los intereses de la literatura. Ellos saben muy bien que el puente no existe ni existirá en las condiciones presentes, aunque traten algunos de crearlo dirigiéndose a aquellos escritores que resienten más la emigración, y entre éstos a los que sistemáticamente el grupo moscovita calumnia y ofende.⁵⁴

La convicción senderiana de que «el puente no existe ni existirá en las condiciones presentes» significaba una descalificación tanto de las actitudes posibilistas de Marías y Aranguren como de la de Guillermo de Torre. Para Sender, «el escritor que se ha quedado en España y tácita o expresamente se hace cómplice de lo que pasa»⁵⁵ va perdiendo la autoestima y experimenta un sentimiento de culpabilidad que, en su caso, no le provoca, sin embargo, ninguna clase de compasión: «Esos escritores podrían salir si quisieran. Tampoco los envidiamos. Nosotros podríamos ir, si quisiéramos. Los recordamos con la sensación de una amistad frustrada. Ni

⁵³ *Ibid.* Esa superioridad intelectual le hace escribir con orgullo poco después que «los españoles que fuimos echados de España en 1939 éramos gente que leía» (*op. cit.*, p. 70).

⁵⁴ *Ibid.*, p. 68. *Cuadernos del Congreso por la Libertad de la Cultura* era una «revista trimestral», dirigida por Julián Gorkin, dirigente del POUM, cuyo primer número apareció en marzo-mayo de 1953. A partir del n.º 69 (febrero de 1963), consta Germán Arciniegas como nuevo director. Sobre el anticomunismo senderiano puede consultarse, por ejemplo, el estudio de Peter TURTON sobre «Los cinco libros de Ariadna: la puntilla al minotauro comunista», en AA. VV., Ramón J. Sender. *In memoriam. Antología crítica*, ed. al cuidado de José-Carlos MAINER, Zaragoza, Diputación General de Aragón, Ayuntamiento de Zaragoza, Institución Fernando el Católico, Caja de Ahorros de Zaragoza, Aragón y Rioja, 1983, pp. 445-463.

⁵⁵ *Ibid.*, p. 69.

EL LUGAR DE SENDER

ellos ni nosotros tenemos toda la culpa». ⁵⁶ Los españoles exiliados son fieles al pueblo por su convicción de que «la aristocracia española está en el pueblo», ⁵⁷ pero son fieles también a la patria, a la memoria y a la esperanza ⁵⁸ y, por tanto —añade Sender—, «no podemos sentirnos culpables. Además, todos eran gente pura y con las manos limpias de sangre, como la inmensa mayoría de los emigrados». ⁵⁹ A pesar de ese patriotismo, de ese amor «territorial» y de esa nostalgia de España que experimenta el escritor exiliado, ese puente para Sender es sencillamente imposible:

Sin embargo, no hay puente. Ni de plata ni de piedra. No puede haberlo. Es decir, hay un puente de niebla o de rayos de luna por decirlo de un modo ligeramente cursi. Porque [...] nosotros podríamos decir que la emigración nos ha hecho sentimentales. A veces patrióticamente cursis. Una cursilería, al menos, sin himnos ni efemérides. No es nuestro amor —repetido— un amor de nación sino de territorio. No es de alegorías ni escudos y ni siquiera de estadísticas, sino de colinas, amaneceres, arroyos y campariños. ⁶⁰

Esa imposibilidad del puente se concreta para Sender en la imposibilidad moral del regreso del escritor exiliado a una España sin libertad ni democracia:

Hubo un puente para salir y no fue de plata sino de sangre, de duelo y de odio. Cualesquiera que sean los esfuerzos de los colegas que en Madrid, en Barcelona, quisieran facilitar nuestra vuelta a la casa paterna, no volveremos nunca sino con la seguridad de que una vez allí no tendremos que reajustar nuestra imaginación ni desestimarnos, ni avergonzarnos ni odiarnos. Sin el riesgo de que nuestra ilusión (lo único que nos queda) se disuelva en una realidad sórdida. Defendemos nuestro sueño a falta de otra cosa. Y no somos ilusos sino realistas. Realistas a la española, es decir a la manera de don Quijote y de Segismundo y del Calixto de *La Celestina*, y de tantos otros héroes de ficción o de historia que sabían que el sueño determina a menudo la realidad y la conforma. Somos españoles no rojos ni verdes sino del color de nuestra tierra. No nos interesa Rusia, donde cualquier forma de honradez intelectual es imposible. Tampoco nos interesa una España en la que es imposible la convivencia sin caer en alguna forma de siniestra complicidad. ⁶¹

⁵⁶ *Ibid.*, p. 69.

⁵⁷ *Ibid.*, p. 70.

⁵⁸ «La diferencia entre ellos y nosotros está en que nosotros conservamos nuestra patria entera y viva en nuestra memoria y en nuestra esperanza. [...] Nuestra patria está viva y entera en nosotros. Nosotros amamos a España. [...] Amamos la España territorial con su pueblo y su estado llano y es más nuestra que de ellos, porque nos la hemos ganado con la sangre, con la esperanza, con el recuerdo y con esta renuncia a ella por el amor que da sentido a nuestros actos hasta a los más mínimos» (*ibid.*, pp. 70-71).

⁵⁹ *Ibid.*, p. 71.

⁶⁰ *Ibid.*

⁶¹ *Ibid.*, pp. 71-72.

MANUEL AZNAR SOLER

Con la memoria histórica del viejo Imperio español, los vencedores de la guerra civil, con la ayuda del fascismo internacional, han construido para Sender no un puente sino un Nuevo Orden, el franquismo, «ese imperio que no ha conquistado sino cementerios de aldea, sacristías y escuelas dominicales. Eso sí, a sangre y fuego. Y cantando himnos. Y señalando efemérides. Y poniendo delante a los moros y detrás a los italianos y encima, en el aire, a los alemanes». ⁶² Ese franquismo, ese españolismo «de nación», ese nacionalismo españolista, «ese imperio nos envilece a todos, incluso a nosotros, los españoles “de territorio”», ⁶³ porque —piensa el autor—, al envilecer la dignidad y la vida colectiva del pueblo español, se destruye cualquier posibilidad de construcción del puente:

Los de Franco siguen envileciendo la nación y nosotros honrando el territorio que va con nosotros y que nadie nos puede robar. Y si algún espíritu fraterno habla de un puente que restablezca la convivialidad, debemos decirle que también nosotros soñamos con volver y sentarnos a la vieja mesa solariega. Pero a esa mesa y no a otras que aún huelen a baba y pezuña de imperios de hordas que fueron los enemigos de nuestra alma natural. Sin miedo y sin odio como ayer cuando hacíamos la guerra, y como ahora cuando andamos por el mundo entre el ejemplo de los que mueren antes que aceptar la complicidad y los que viven para seguir denunciándola. Si alguno dentro de España piensa en nosotros, más vale que piense así, justamente y sin malentendidos. ⁶⁴

Si el puente del diálogo, aunque difícil sin libertad, es acaso posible sin eufemismos ni malentendidos, el puente del regreso es sencillamente imposible para Sender en 1954 sin libertad ni democracia porque sería mera claudicación y pura indignidad.

LA SIGNIFICACIÓN DE LA POLÉMICA

Esta polémica iniciada por Robert G. Mead, Jr., en 1951 no es, sin duda, una polémica más entre los intelectuales de la España franquista y los intelectuales exiliados. El propio Mead acierta a valorar su novedad, ya que, a su modo de ver, no se trata de «otro capítulo en la larga historia de polémicas, comparaciones odiosas, prejuicios y partidismo cuando no de silencio o abstención obligatoria entre los españoles peregrinos y los peninsulares», sino de un capítulo inédito que ha servido para iniciar la construcción de un puente de diálogo entre los intelectuales españoles que viven dentro de España (Aranguren, Marías) y los exiliados (De Torre, Sender). Puente de diálogo, sí, pero por el momento sólo de diálogo, pues

⁶² *Ibid.*, p. 72.

⁶³ *Ibid.*

⁶⁴ *Ibid.*